

Así supo José Brambila de la crisis ministerial primero que nadie.

A pocos días aparecieron en el *Diario Oficial* los nombramientos de Lerdo para Ministro de Relaciones y Gobernación, y de Iglesias para Secretario de Fomento y Justicia.



CAPITULO V

Los dioses se van...

Hy, Brambila, hijo mío, qué mal anda todo y cuán pronto vamos á saber lo que es amar á Dios en tierra ajena! ¿Ha visto usted cosa más terrible que el asesinato del excelente Nacho de la Llave? Cayó al frente de su tropa tan confiado, tan tranquilo, tan sereno como en otro tiempo se presentaba frente á las balas reaccionarias y francesas. Pues todavía hubo algo más espantoso, que fué la muerte de Comonfort, que pereció sólo por hacer ver que tenía muchísimo valor, por una de esas galanetas de charro coleador que son la especialidad de los del Bajío... ¿A dónde vamos á parar, Brambila? No tenemos tropa, no tenemos generales, no tenemos plata, y sí tenemos la obligación de sostener á toda costa este edificio que amenaza desplomarse... ¿Qué

tal estará el infierno que hasta los diablos se salen? ¿Qué tal andará el personal que Juárez se ha visto obligado á poner de oficial mayor de guerra á don Juan Suárez y Navarro, el *jotete* aquel, paisano de usted, que es un pillo y un bribón de los que no se dan muchos en rama?... Todo lo que el gobierno pudo sacar, todo lo que consiguió suprimiéndonos á sus otros servidores nuestra congrua sustentación, lo redujo á pesos, sacó cuarenta y siete mil y lo puso en documentos y letras por cobrar en manos de Comonfort, y aunque después de la muerte se dieron órdenes á las casas pagadoras para que no entregaran un real del importe de esos documentos, Larrache y Compañía se niegan á devolver el dinero alegando que quizás Comonfort dispuso de él, que quizás está pagado... qué sé yo!... En fin, amigo, que nos vemos precisados á salir de San Luis y no tenemos una peseta con que ayudarnos...

Luego que acabó de hablar, Guillermo dictó una nueva y regocijada poesía, la última que escribió para *El Monarca: Gran remate, al contado y sin reclamo, bajo la garantía de Cartouche*. Y luego, en una nota, refiriéndose al título del romance: *Ladrón famoso con quien se compara frecuentemente en Europa á Napoleón el chico*.

Prieto se arrellanó en su silla, echó la cabeza para atrás, cerró los ojos y con el cigarrillo entre los labios empezó á hablar así:

— Escriba usted... despacito y buena letra... Hum...
Escriba...

Sobre un trono que pudiera
servir de banco de herrar,
según el tropel de bestias
que le cerca sin cesar;
el semblante borreguno
y la mirada falaz,
transformado en vendutero
Napoleón el chico está.
Cuidado, que alza el martillo.
Señores, ¿no hay quién dé más?
John Bull con su inmensa pipa
tendido á lo largo está
y á cada tierna mirada
y á cada envidia procaz,
By God, socarrón responde
y echa un trago de cognac.
El Austria, vieja estirada,
con su gorro y con su chal,
finge un ataque de nervios
del martillo al resonar;
y finge que hace posturas
sin aventurar un real.
La Rusia, anciana finchada,
á cada golpe hace zas,
y valúa milagrosa
la noble insignia imperial:
sabe que luce y no es oro
lo que se va á rematar.
Es corona de oropeles
hecha por un sacristán,
y que un indio vendió infame
con la bendición papal.
«Eh, señores, se remata.
¿No hay postor? ¿no hay quién dé más?»

Dió Guillermo una vuelta por el cuarto, se rascó la cabeza, tiró la vieja del cigarro, y acercándose á la mesa dijo al escribiente:

— Ahora va un *patabaco* á los intervencionistas:

Se rematan las Tres Gracias
que están bajo ese cristal.
Es el encanto y delicia
de toda la cristiandad;
es en el beber un Baco,
en corpulencia un gañán:
sus entrañas, Torquemada
se ha encargado de formar,
y en el baile ejerce todo:
Fe, Esperanza y Caridad.

— ¿Qué tal? ¿Se conoce á don Opas? Ya sabrá usted que el buen arzobispo ha estado en los saraos de Almonte *lleno de confianza en Dios*, como dice *La Sociedad*. Su Ilustrísima bailó, bebió, se dió vuelo, y cuando

Harto de danzas y besos
el ungido del Señor
fué de Birján á las aras
con santa resignación.
«Tiene la espada... Es mi falla,
»el as... á bastos la voy...
»Codillo... va un alburito:
»el caballo contra el dos.»
Y, Su Ilustrísima gana,
porque con fe en el Señor ..
miró el caballo á la puerta,
lleno de confianza en Dios.

— Ahora va Juan Pamuceno:

La otra gracia es gracia azteca
nacida en triste jacal:
pertenece á manos muertas,
bien se puede adjudicar...

— Creo que no podía decirse más decentemente, ¡oh, Brambila, el origen clerical del Monk mexicano! Siga usted, que hay que sacarle todo á la carofla:

Indio noble, fué la gloria
del saqueo del Parián:
sirvió en San Jacinto al héroe
que no pudo despertar;
tiene de Iscariote el alma
y las mañas de rufián.

— Era menester, para individualizar á este bribón, sacarle lo que hizo en los tiempos de *Zavala*, *échenles bala*, y *Lobato lo arrebató*... Este es el chato Salas:

La otra gracia es gracia alegre,
borrachita y nada más:
cadete cuando Apodaca,
siempre alumno de Birján...
Señores, remato el grupo;
señores, ¿no hay quien dé más?

Acabó Guillermo su poesía en que por igual salían á relucir las momias que se aprestaban á ser damas de honor, las poblaciones que habían sufragado declararán-

dose representantes del imperio mexicano, los traidores, la tropa, los franceses, todo el mundo.

— De esta vez, continuó el maestro, nos retiramos para no volver en mucho tiempo: á Saltillo vamos y tomaremos por Matehuala para aguardar allí ciertas operaciones militares; Negrete queda encargado de defender la plaza, que de seguro pretende tomar Mejía. Pero á buena parte va; este indio es más hombre y más valiente que lo que cualquiera puede figurarse: ya verá qué cuatro les pone á los jaguares de Crimea... Por el interior todo anda mal; á Manuel Doblado me le han dado una zacateada que ya me le vuelven loco. ¡Pobrecillo! él tenía la esperanza de aderezar cualquier pastel con la complicidad de los franchutes, y ellos no se han abierto á partido. ¡Que se fastidie!... Morelia está de firme en poder de la canalla y probablemente la seguirá muy pronto Guadalajara. Hay que emprender de nuevo la misión: Dios y la Guadalupana nos ayuden á salir de ella con bien...

Y se retiró dejando al subalterno más triste y meditabundo que hubiera sido regular.

II

De la hacienda de Bocas á la de la Noria hay seis leguas: tres de monte y tres de terreno llano y sin asperezas; y aunque los cocheros aseguraban que la parte

rocallosa era accesible á los coches y carros,—camino de ruedas, como ellos decían,—lo cierto es que resultaba tremendamente difícil el atravesar aquellas gargantas, aquellos peñascales, aquellas eminencias y aquellas barrancas que parecían puestas adrede para estorbar el paso á la nueva familia enferma que Juárez acababa de procrear.

Atravesaba José Brambila uno de aquellos pasos en compañía de su inseparable don Manuel, cuando vió que un carruaje se inclinaba por las ruedas traseras, avanzaba por las delanteras, envolvía á los animales de silla y dejaba pendientes sobre el barranco á los de tiro.

— ¡Pepe, Pepito! oyó gritar á una voz amada y conocida.

— ¡Pepe... Pepito! oyó gritar á otra voz que había sido amada y que no era desconocida.

— ¡Pepe... Pepito! le gritó una tercera voz odiada y no tan familiar.



Acudió más que de prisa, le siguió, picando espuelas á su penco, el bueno de don Manuel, y tras ellos llegaron tres ó cuatro gentes más de la comitiva, que se dieron maña para poner en estado de caminar el armatoste que estaba desenajaringado, arrojando clavos, polilla, trozos de cuero, cajas, cajones, maletas, canastos y jaulas (que son la sangre y los humores de esos monstruos), y decidido á no seguir caminando si no se lo rogaban muy de veras.

El primer bulto que le entregaron á Pepe por una portezuela fué uno que chillaba desmorecido por el susto y que era nada menos que Nacho, su hijo, que había tenido que dejar el pezón materno para precipitarse en aquella abra terrible que parecía llamarles desde el fondo con el lenguaje mudo de sus hierbajos, que se agitaban lentamente como una mano que hiciera señas.

En seguida y también por la portezuela salió Cristina, convulsa de miedo y llorosa como una Magdalena; después apareció una mujerona grande y bien dada; luego un vejete exprimido y ridículo, y al fin, por su propio esfuerzo, tres ó cuatro criados, pilmamas, mozos, pinches y otras cosas así de secundarias.

La grandullona, que estaba descolorida como un pan de cera, aprovechó la cercanía de Pepe para desmayarse en sus brazos, no sin lanzar un expresivo «¡Ay Pepe, quién nos lo hubiera dicho!»

— Caballero, le debemos á usted la vida, dijo con resolución el vejete, el cual parecía un manojo de acahuales reunidos sin más sujeción que la pretina de los pantalones. Las manos y los pies eran como varejones terminados en hacecillos filiformes que á cuenta eran los dedos de las manos; la cara era como la raíz de la planta, con su núcleo de distribución muy bien señalado, pero con una cantidad tal de radículos — las arrugas y las cuerdas que surcaban el pergamino — que cubría el manojo de hierbas, que había sido preciso un microscopio para atinar con la distribución de tantas diferentes vías de conducción. Y como si hubiera sido hecho de propósito, llevaba un gorrillo de vicuña negruzco, que era como un cajete ó maceta que coronaba aquella raíz invertida.

— ¿Qué me deben ustedes, señor licenciado, qué me van á deber si yo acudí sólo al verles tan afligidos y...?

— Pues ha hecho usted bien; nosotros le apreciamos mucho: que se lo diga á usted este ángel que tiene por esposa. ¿Qué decíamos de él, señora?

En brazos de la interpelada había vuelto á la vida aquella á quien había costado el sacarla tanto trabajo como cobrar un pez de muchas libras, y cuando estuvo en posesión de todas sus facultades, Pepe pudo mirarla á todo su gusto, aunque no sin un temblor de corazón.

— ¡María! dijo con cortedad.

— Pepe, buenos días.

Y la contempló no como la había visto antes, sino con ojos de crítico que examina fría y desapasionadamente. Era alta, blanca, con la cara llena de mudas y coloretos y con una voz tan suave y acariciadora que no parecía salir de aquel cuerpazo de Fama ó Pomona. Era bien proporcionada y nada desentonaba en ella: los ojos estaban en armonía con la cara, la cara con las manos, las manos con los pies, los pies con el busto y el busto con la opulencia de toda la persona. Parecía que un escultor la había tallado para caríátide que sostuviera toda una bóveda, ó que un pintor la hubiera pintado para figura decorativa de un plafón.

— Hombre, ¡qué caro se vende usted! dijo con desembarazo el vejete; se necesita de un conjunto tremendo de circunstancias para que usted llegue á enterarse de que existimos. Son menester vueltas, caídas, peregrinaciones, peligros y hasta coincidencias como la de caminar en compañía de su digna señora, para que podamos echarle la vista encima. ¿De qué nos sirve el ser paisanos, amigo? Su padre de usted — Dios le tenga en su santo reino — fué amigo mío, muy amigo. Por cierto que indirectamente (se lo contaba ahora á la esposa de usted) yo tuve la culpa de que estuvieran á punto de fusilarle... Yo redacté un papel — ¡qué chistoso! — contra el general Inclán poniéndole de oro y azul — cosas de muchachos — y don Ignacio, su padre de usted, se estuvo firme y sin decir quién

había escrito aquello. Yo había sido; por cierto que me reía grandemente de los apuros del bueno de Brambila. ¡Qué chistoso!

— ¿Y usted, María, qué tal?

— ¿Esta? El rigor de las desdichas: el marido le salió un borracho imposible, le dió una vida de perros, y cuando tuvo el buen gusto de matarse me la ha dejado sin un real. A mi lado vive haciéndome casa y no sé qué pensar para cuando me toque el trance de dejarla sola. Lo que yo le decía: más vale un muchacho honrado y trabajador que todos los ricos holgazanes del mundo; pero se empeñó y se empeñó y agachó la cabeza y *mascó*, y con eso todo se fué á la porra. ¿Usted no sabe lo que es *mascar*? Pues cuando usted agota su elocuencia encontrándole vicios y defectos á un novio, la interesada se encierra en *masque*, es decir, *aunque, á pesar de todo, nada me importa, déjeme usted en paz, déjeme hacer mi gusto...* Y así les va... Amigo, mis felicitaciones, tiene usted una mujercita que vale lo que pesa de oro: tan guapita, tan simpática, tan sencilla y tan bondadosa; es una alhaja.

Cristina no las tenía todas consigo con aquellas gentes que la abrumaban — á ella, hija de una *pípila* de la Merced — con nombres que la dejaban cariacontecida y llena de un respetuoso temor.

— ¿Usted conoce á las Domínguez? ¡Qué excelentes señoras! Descienden de la Corregidora de Querétaro...